

Una vez solamente es el Autor infiel a su propósito (pág. 6) de no abordar materias discutidas: la excepción de lo propuesto se deja sentir al tratar del *montanismo* en el que hace conjeturas por lo que a la fecha del mismo respecta (unos, a. 157, otros ca. 172-3). Sin duda alguna, las páginas en las que se nota un dominio más ágil de la materia son las comprendidas en el apartado "Profetismo de los Confesores". No en vano ofrece Lods las conclusiones de lo que fue su trabajo doctoral "*Confesseurs et martyrs, successeurs des prophètes dans l'Eglise des trois premiers siècles*". Sin prejuzgar dicho trabajo y, sólo con las conclusiones del que recensamos a la vista, ¿distingue el doctor protestante entre el "munus propheticum" de cualquier cristiano y la "participación creada del Espíritu Santo en éste"? ¿No confunde dicha "participación creada del Espíritu Santo" con el Karisma profético de la Antigua Alianza?; ¿Son, en la misma proporción, partícipes de dicho Karisma los confesores y los mártires?

Lods da impresión de trabajar con una tesis preconcebida aduciendo textos, faltos todos ellos del significado atribuido, para probar su intento. ¡Qué nuevas perspectivas le abriría al Autor estudiar a fondo lo escrito sobre la "divinización del cristiano" en los PP. de tal época!

Da pena que al tratar sobre la *justificación y santificación*, Lods desconozca la obra ya citada del P. Orbe. Ciertamente que trae a colación pensamientos de Justino, pero no lo es menos que no barrunta toda la riqueza doctrinal que éste encierra y lo que supone Justino con su acerbo de enseñanza.

Resumiendo, se puede afirmar que el Autor logra resaltar los colores y el relieve de una época, tan especialmente rica, de la existencia de la Iglesia cristiana, al mismo tiempo que ofrece un libro de cierta utilidad para los profesores de teología sistemática.

JAVIER IBAÑEZ

ANTONIO ORBE, *Antropología de San Ireneo*, Madrid, BAC, 1969, 547 pp.

La figura del Obispo de Lyon interesa por el rico contenido de su obra y por la privilegiada situación en que se encuentra. A caballo entre las Iglesias de Oriente y Occidente, en la encrucijada entre los Apologetas y los Alejandrinos y muy atento a moverse dentro de la predicación tradicional, es uno de los heresiólogos más importantes y ofrece unas concepciones teológicas inestimables y con frecuencia desconcertantes. Quizás parte del desconcierto sea debido a la forma en que cada uno se le aproxime: hay escritores —comenta el P. Orbe— a los que hay que saber resumir. A Ireneo hay que saber desentrañarlo. En la sencillez de la forma encubre una coherencia perfecta de fondo (pág. 518).

Orbe realiza la tarea de desentrañar a Ireneo en plena madurez no sólo de edad, sino de investigación. Desde hace muchos años ha dedicado su atención a la gnosis valentiniana, que tanto preocupó a Ireneo, rastreando el contenido de la misma con amplias referencias al mundo circundante. En realidad, era S. Ireneo quien desde el comienzo de sus investigaciones le atraía. Los *Estudios Valentinianos* no han sido más que

unos largos y fructuosos preliminares, no sólo porque iluminan y hacen comprensible el abigarrado mundo de la gnosis, sino porque a su luz se perfilan más nítidamente los matices de la teología ireneana, y porque profundizando en ambos se puede llegar a sustratos comunes de pensamiento.

No son demasiados los lugares que Ireneo dedica a hablar del hombre y de su historia; ¿cómo reconstruir su antropología? El P. Orbe ha seguido un camino fecundo y sugerente: deducir su antropología de la historia de Adán. Es el hilo de esta historia lo que va a dar unidad y orden a un estudio frecuente en disgresiones, las más de las veces esclarecedoras.

El libro viene dividido en 16 capítulos. El núcleo del capítulo primero —“El hombre”— se encuentra en el estudio de las *dos creaciones* del hombre, problema largamente planteado a la exégesis antigua por la doble referencia a la creación del hombre en *Génesis* 1, 26 ss. y *Génesis* 2, 7. Las vicisitudes de las diversas posiciones, y la postura de Ireneo —*creación única*—, serán la plataforma indicada para plantear toda su antropología.

Los capítulos 2-3 —“Origen del cuerpo” y “Formación del cuerpo humano”—, fecundo en reflexiones dedicadas a los judíos, gnósticos y valentinianos, arrojan una inestimable luz sobre el pensamiento ireneano en torno a la unidad del hombre, su diferencia de los ángeles y el fundamento y lo peculiar de su historia, mostrándonos al mismo tiempo la aguda y compleja exégesis de Ireneo, muy pegada a la tradición y muy ajena a la concepción filosófica del hombre como compuesto de cuerpo y alma.

Los capítulos 4-5 vienen dedicados al consabido tema del hombre imagen y semejanza de Dios, iluminando desde este ángulo los dos capítulos anteriores, fecundo en sugerencias y presentando todo el *plasma* humano como imagen de Dios.

Resalta, por las amplias referencias al mundo teológico y filosófico circundante a Ireneo, y por la importancia soteriológica que el tema encierra, el capítulo 6 dedicado a la libertad humana en el autor estudiado.

Estos capítulos que hemos descrito, por la complejidad de los conceptos manejados y por las múltiples divisiones que el Autor se ha visto precisado a exponer, a pesar del interés y la novedad de planteamientos que envuelven, resultan con frecuencia laboriosos para el lector. Con el capítulo 7 —“El régimen del Paraíso”— entramos en una lectura más amena y llena de sorpresas, por la cantidad de matices que los Padres aciertan a descubrir en esas líneas del Génesis. Aparece Adán recién hecho, con la hermosura de la inocencia, pero con la debilidad de un niño —“Adán era niño”— a quien Dios va conduciendo mansamente hacia la edad adulta. En este capítulo, junto con el capítulo 8 —“El mandato de Dios”— aparece la concepción del primer hombre con tonos líricos y se nos muestra un Ireneo agudo y sagaz en lo que toca al árbol de la ciencia —Eva—, humano, y equilibrado. Adán debería conocer el mal en la contemplación del Bien y no por la experiencia del sabor amargo que su fruto produce en el vientre. El paralelismo Eva-María, encuadrado en la amplitud de la concepción de Ireneo, adquiere resonancias nuevas

y más profundas; se torna más nítida la estrecha relación que Ireneo encuentra entre ambas vírgenes y madres de toda la humanidad, y más vigoroso su contraste.

Los capítulos 9-10 —“El pecado en su vertiente angélica y humana” y “El pecado original”— tienen un interés evidente. Situados, como todo el estudio, muy lejos de toda polémica, con la preocupación exclusiva de comprender la teología del siglo II —*teología en plena ebullición*—, arrojan con su lenguaje y sus concepciones de otra época valiosas perspectivas sobre la fe de la Iglesia.

En los capítulos 11-13 —“La maldición”, “El destierro del Paraíso” y “Otros efectos del pecado original”— vuelve a sorprender la agudeza de la exégesis patristica: Adán ha sido increpado, no maldito. Las diversas aplicaciones de la maldición muestran la estrecha coherencia que los Padres encuentran entre el castigo y la falta, al mismo tiempo que reafirman cuanto se ha dicho en los capítulos 7-8.

Con los capítulos 14-15, dedicados a la tanatología, volvemos a entrar en un mundo de puntualizaciones. Orbe sabe muy bien sacar partido no sólo a cuanto se ha dicho, sino a los silencios y a las divisiones que faltan, como por ejemplo, el que Ireneo nunca hable de la muerte aplicándola a la muerte del alma por el pecado.

El capítulo 16 —“El pecado de Adán y la Encarnación”— muestra a un Ireneo defensor de una única “economía”, desviada, no cambiada por el pecado de origen, e inclinándose favorablemente al pensamiento de que Cristo se hubiese encarnado, aunque nunca hubiese existido la falta de Adán.

El estudio de Orbe, por la cantidad de matices, resulta difícil de resumir. Tras el largo camino recorrido, el Autor dedica 16 páginas a las conclusiones. No pueden éstas recoger la riqueza expuesta a lo largo de más de 500 páginas. Si el lector quiere ser partícipe de la misma, ha de resignarse al largo recorrido y ha de leer con calma los textos citados.

*La Antropología de San Ireneo* no es una obra de divulgación, sino de profunda investigación. A fuerza de trabajo y erudición, el Autor saca a la luz el rico contenido subyacente en párrafos, al parecer, sencillos, o muestra la concordancia de textos a simple vista contradictorios. Este nos parece su más alto mérito. Las frecuentes disgresiones, que atenúan la unidad de la obra, son siempre valiosas, y en su mayor parte útiles. Algunas no hacían falta, no eran imprescindibles para el conocimiento de Ireneo; le rebasan en el tiempo, y tampoco son exhaustivas. A quien esté familiarizado con las obras del P. Orbe, es necesario decir que sigue el mismo método de siempre; quizás más depurado, siguiendo mejor el hilo, frenando menos al lector que en las obras anteriores.

Ha presentado el P. Orbe la antropología de S. Ireneo siguiendo un único camino: la historia de Adán. A pesar de la extensión del trabajo, es evidente que este camino no es el único para alumbrar toda la antropología de Ireneo. Un estudio más detenido de Cristo en su humanidad y en su Iglesia, de la historia del hombre, temas sobre los que el Autor ha dejado entrever bastantes datos, es seguro que han de abrir nuevos horizontes en esta materia.

L. F. MATEO-SECO